



80 años de la fundación
de la IV Internacional,
EL TROTSKISMO
ÚNICO PROGRAMA PARA
LA EMANCIPACIÓN DE LOS
EXPLOTADOS

Conferencia del Círculo León Trotsky
realizada el 16 de noviembre de 2018 en París

Lucha Obrera (Lutte Ouvrière-UCI)

EXPOSÉS DU CERCLE LÉON TROTSKY

N° 158/ 80 ans après la fondation de la Quatrième Internationale le trotskysme seul programme pour l'émancipation des exploités. 20/10/2018

Traducido del francés para Voz Obrera (Unión comunista Internacionalista)/vozobrero.org

email:boletinvozobrero@yahoo.es

diciembre 2018

80 años de la fundación
de la IV Internacional,
EL TROTSKISMO
ÚNICO PROGRAMA PARA
LA EMANCIPACIÓN DE LOS
EXPLORADOS

Conferencia del Círculo León Trotsky
realizada el 16 de noviembre de 2018 en París

Índice

	Página
El trotskismo, único programa para la emancipación de los explotados	7
Intervención de Arlette Laguiller - L.O.	
Intervención de Pierre Royan - L. O.	
I - El trotskismo, el legado de la revolución rusa y el bolchevismo	9
La lucha de la Oposición de Izquierda en la Unión Soviética	12
Fuera de la URSS, la estalinización de la Internacional Comunista	20
La situación mundial en el momento de la fundación de la IV Internacional	24
El movimiento trotskista después de la muerte de Trotsky	26
Intervención de Max Celeste - Combat Ouvrier	32
Intervención de Judith Carter - The Spark	39
Intervención de Pierre Royan - L. O.	
II - la crisis actual y el Programa de Transición	44
La agonía del sistema capitalista	
La actualidad del programa de transición	50
Conclusión	55

EL TROTSKISMO, ÚNICO PROGRAMA PARA LA EMANCIPACIÓN DE LOS EXPLOTADOS

INTERVENCIÓN DE ARLETTE LAGUILLER - L. O.

Este Círculo León Trotsky tiene un carácter bastante especial ya que en él participarán tres camaradas: Pierre Royan de Lutte Ouvrière, Max Celeste de Combat Ouvrier (Guadalupe y Martinica) y Judith Carter de Spark (Estados Unidos).

Hace ochenta años, el 3 de septiembre de 1938, unos veinte activistas se reunieron en un pabellón suburbano de París procedentes de 12 países: Estados Unidos, la Unión Soviética, Alemania, Gran Bretaña, Francia, Italia, Brasil, Polonia, Bélgica, Austria y los Países Bajos. Fundaron la Cuarta Internacional y adoptaron como programa un texto escrito por León Trotsky unos meses antes, el Programa de Transición.



León Trotsky

Esta decisión de crear una Cuarta Internacional vino de Trotsky, luego de ser exiliado y bloqueado en México. Fue un importante acto político que significó que la Tercera Internacional, la que fue creada tras la Revolución Rusa, estaba muerta políticamente y había traicionado definitivamente su objetivo de ser el partido mundial de la revolución socialista. Stalin lo había convertido en una herramienta de su diplomacia. Y era hora de reconstruir el movimiento obrero bajo la bandera de una nueva Internacional.

Aquellos que, en el movimiento comunista internacional, se habían unido al movimiento trotskista representaban una minoría muy pequeña en comparación con aquellos que permanecían bajo

el control del estalinismo. Y sobre todo, el buque insignia de la corriente revolucionaria, los trotskistas soviéticos, casi todos habían muerto en los campos de Stalin.

Pero esta decisión de crear una nueva Internacional fue fundamental porque en 1938, aunque Trotsky y su familia fueron calumniados y perseguidos por los hombres de Stalin, Trotsky seguía siendo conocido en todo el mundo, conocido como uno de los principales líderes de la Revolución Rusa y compañero de Lenin. Trotsky encarnaba la negativa a rendirse al aparato estalinista. Y al mismo tiempo que sometió al régimen estalinista a una crítica despiadada desde el punto de vista del comunismo revolucionario, defendió incondicionalmente a la URSS contra las potencias imperialistas.

Era “*medianoche del siglo*”, por usar la expresión de Victor Serge, un militante anarquista belga, que se había unido a la revolución rusa y había participado en la lucha trotskista. Hitler estaba en el poder en Alemania. Esto significaba, como escribió Trotsky ya en 1933, que el imperialismo alemán, a la cabeza de una de las mayores potencias industriales del mundo, ahogándose dentro de sus fronteras, después de someter a su clase obrera, atacaría a sus competidores directos, los imperialismos francés e inglés, y que la humanidad volvería a sumergirse en la guerra mundial. De hecho, la guerra ya estaba allí. En España, en los campos de batalla de la guerra civil, las aviaciones y ejércitos de Hitler y Mussolini sembraron la muerte. China había sido invadida por el Japón, que estaba cometiendo asesinatos en masa. Y Mussolini ya había conquistado Etiopía.

En septiembre de 1938, Trotsky comprendía mejor que nadie la situación mundial y el estado del movimiento obrero. Pero quería preparar a la clase obrera para la guerra y futuras revoluciones. Quería darle un programa, en la continuidad de la revolución rusa y de las ideas de Marx, y una organización internacional. Y esto, incluso si esta organización era numéricamente muy débil.

Trotsky sabía muy bien que mientras las masas no se levantan, todo el programa sólo podría llegar a una pequeña minoría.

Pero con este programa, esta minoría podría militar contra el resto de la clase obrera.

Incluso hoy en día, el futuro del movimiento obrero y, por lo tanto, el futuro de la humanidad, están vinculados a este programa. Porque cuando el proletariado se mueve, si lo hace, puede derrocar al capitalismo.

INTERVENCIÓN DE PIERRE ROYAN - L. O.

I - El trotskismo, el legado de la revolución rusa y el bolchevismo

Los veinte años de lucha de clases de excepcional riqueza e intensidad política, sin precedentes en la historia del movimiento obrero, que forjó el trotskismo, comenzaron con el acontecimiento que desestabilizó todo el sistema capitalista, la Revolución Rusa de 1917. El trotskismo es ante todo el legado de la revolución rusa. Cuando la revolución estalló en Rusia después de dos años y medio de guerra mundial, sorprendió a todos. Como escribió Trotsky años después: *“Incluso Lenin relegó la revolución socialista a un futuro más o menos lejano (...) [Y] si Lenin veía la situación de esta manera, entonces difícilmente es necesario hablar de los demás”*.

La revolución había se estaba incubando en el frente, en el barro y el frío de las trincheras de la sucia guerra imperialista que los capitalistas estaban librando con la piel de los pueblos y donde los hombres morían como ratas bajo las bombas, las ametralladoras y el gas. Aquella se había incubado en la parte trasera, donde los trabajadores estaban hambrientos y exhaustos, en las fábricas de armamento. La revolución estalló en Rusia porque era *“el eslabón más débil de la cadena del imperialismo”*, como había dicho Lenin, el país más



Lenin, durante un discurso en 1917

atrasado, del odiado régimen zarista, que ya había sido sacudido doce años antes por una primera revolución, la de 1905.

Luego, el 8 de marzo de 1917, para sorpresa de todos, fueron los obreros y las mujeres del pueblo de San Petersburgo quienes, protestando contra la escasez y los problemas de abastecimiento, salieron a las calles. ¿Qué iban a hacer los trabajadores? ¿Iban a dejarlos solos? Al día siguiente, cuando los obreros se hubieran unido a ellos, ¿qué harían los soldados, estos campesinos uniformados? ¿Iban a unirse a la revuelta y convertirla en una revolución? En cinco días, todos los enemigos que el zarismo tenía, es decir, casi toda la sociedad, se unió y el régimen fue derrocado. Esto fue sólo el principio.

En los comienzos, los grandes vencedores fueron la burguesía y sus aliados, las grandes potencias imperialistas, Francia y Gran Bretaña, con quienes pretendían continuar la guerra con la piel de los soldados para satisfacer sus deseos de anexión. Así que, si los trabajadores y soldados realmente querían terminar la guerra, tenían que ir más lejos.

La revolución no habría ido más lejos si no hubiera sido por Lenin, su obstinación y su confianza inquebrantable en la clase obrera y en las masas más atrasadas. Y si no hubiera sido por el partido bolchevique que se había creado, formado y desarrollado a lo largo de los años para dirigir la revolución en la medida de lo posible en interés de los oprimidos. El Partido Bolchevique era un partido comunista revolucionario que vinculaba el destino de los oprimidos en Rusia con el de los oprimidos en todo el mundo para derrocar al capitalismo. La revolución de octubre de 1917, que ocho meses después de febrero llevó a los bolcheviques al poder, fue el resultado de la conjunción de esta perspectiva revolucionaria consciente encarnada por el partido bolchevique de Lenin con la necesidad de que millones de oprimidos, si no querían regresar, siguieran adelante con la lucha que habían iniciado.

Y juntos no se retiraron, a pesar de que la burguesía y las clases dominantes amenazaban con aplastarlos, a pesar de las presiones de la pequeña burguesía que pretendía guiar a los proletarios des-

de lo más alto de su conocimiento, pero que en realidad sólo expresaba su sumisión a la burguesía, e incluso a pesar de las vacilaciones que venían de sus propias filas.



Manifestación obrera. 1917.

“Se atrevieron”, como escribió la revolucionaria alemana Rosa Luxemburgo desde su prisión. “Se lanzaron al cielo” como dijo Marx sobre la Comuna de París. Se atrevieron a confiar en las masas analfabetas y en los estratos populares más bajos, en su conciencia emergente y en su deseo de emanciparse de sus cadenas y sumisión.

La guerra había arrasado Europa a sangre y fuego. Y la revolución se estaba gestando en todas partes. Se tardó menos de un año en llegar a Finlandia, Alemania y Hungría. Decenas de millones de personas explotadas en todo el mundo desafiaron el orden social, creando miedo y odio entre las clases dominantes de todo el mundo. En una nota confidencial, el Primer Ministro británico Lloyd George escribió en 1919:

“Toda Europa está llena de espíritu revolucionario. Hay un profundo sentimiento no sólo de descontento, sino también de enojo y revuelta por parte de los trabajadores contra sus condiciones de antes de la guerra. Todo el orden social existente, en sus aspectos políticos, sociales y económicos, está siendo desafiado por las masas de la población de un extremo a otro de Europa.”

En marzo de este año de 1919, los bolcheviques fundaron una nueva internacional, la Internacional Comunista, para permitir a los trabajadores de todos los países romper con los partidos socialistas que los habían traicionado en 1914. Los partidos comunistas se fundaron en todas partes.

Durante esta ola revolucionaria, se formaron repúblicas soviéticas en Hungría, Baviera y Eslovaquia. Italia experimentó una ola de huelgas con ocupación de fábricas por trabajadores armados y organizados en milicias proletarias. Pero las revueltas y revoluciones fueron aplastadas. La ola revolucionaria se estaba retirando.

Había impedido que las fuerzas imperialistas derrocaran el poder resultante de la revolución en Rusia. Y al final de la guerra civil en 1920, todavía estaba en pie. Pero se encontró aislada.

La lucha de la Oposición de Izquierda en la Unión Soviética

Ningún revolucionario había considerado esta situación. La revolución mundial victoriosa, la economía mundial tomada por los explotados, reorganizada y planificada según las necesidades de toda la humanidad, era el futuro comunista. Pero ¿qué podría hacer una Unión Soviética rodeada de capitalismo, reducida a sus recursos humanos terriblemente atrasados? La Unión Soviética era enorme, con una riqueza excepcional en materias primas, pero el desarrollo industrial durante la era zarista había sido débil. La gran mayoría de la población estaba formada por agricultores muy pobres con métodos de cultivo muy rudimentarios. Y el nivel cultural general estaba considerablemente por detrás de Occidente.

La joven clase obrera rusa, que sólo había salido del campo desde una o dos generaciones, estaba mucho menos formada y educada que la de los países desarrollados. A través de los años de lucha contra el zarismo, había sacado de sus filas a cientos de miles de luchadores conscientes. Y la revolución había sido, como dice Lenin, *“en momentos de particular exaltación y tensión de todas las facultades humanas, obra de la conciencia, la voluntad, la pasión, la imaginación de decenas de millones de seres humanos impulsados por la más feroz lucha de clases.”*

Pero después de tomar el poder, el problema surgió a una escala completamente diferente. La nueva sociedad se basaba en la participación directa y activa de las masas. En la base del nuevo estado estaban los soviets, estos comités, estos órganos de la democracia obrera, elegidos por los obreros y campesinos pobres. Pero la acción de las masas no se limitó a eso. En todos los niveles de la vida económica y social, en las empresas, las administraciones, las escuelas, las ciudades y el campo, decenas y decenas de millones de oprimidos

fueron llamados a participar en la gestión concreta de la sociedad.

Había un deseo feroz y general de educarse, de cultivarse, de luchar contra el analfabetismo, la ignorancia y la superstición, para que *“el primer obrero o la primera cocinera que viniera”* pudiera controlar el Estado, como había dicho Lenin. Pero el peso del atraso era inmenso, al igual que el del país.

Aislada política y económicamente, la Unión Soviética no podía salir de su subdesarrollo heredado del zarismo. Y esto iba a ser la fuente de su degeneración, y de la dominación de una burocracia encarnada por Stalin. Trotsky en su libro, *La revolución traicionada*, resumió este vínculo entre el atraso del país y el peso de la burocracia a través de la imagen de una cola frente a una tienda:

“Cuando hay suficiente mercancía en la tienda, los compradores pueden venir en cualquier momento. Cuando hay pocas mercancías, los compradores se ven obligados a hacer cola en la puerta. Tan pronto como la cola se alarga, la presencia de un oficial de policía es esencial para mantener el orden. Este es el punto de partida de la burocracia soviética. Ella “sabe” a quién dar y a quién esperar.”

El desarrollo de la burocracia había comenzado desde el inicio del nuevo régimen. Los bolcheviques eran conscientes de *“los peligros profesionales del poder”*, como diría más tarde un líder de la oposición trotskista, Christian Rakovsky. Los bolcheviques sabían que cada estado crea una burocracia. Pero se apoyaron en la acción directa de las masas para contener el fenómeno burocrático y en la extensión de la revolución a los países desarrollados de Europa para poder deshacerse de ella permanentemente.

Pero el aislamiento de la Unión Soviética la obligó a mantener sus recursos por sí sola hasta que llegaron nuevos períodos revolucionarios. Así que para reactivar la economía y alimentar al país, teniendo en cuenta su atraso, el gobierno decidió dar un poco de oxígeno a la iniciativa privada. Abrió la posibilidad del enriquecimiento personal, una nueva política económica que permitió a los agricultores, pequeños industriales o intermediarios comerciales

enriquecerse. Dependía de las fuerzas capitalistas para reactivar la producción, pero bajo el control del estado obrero. Lenin sabía que el fortalecimiento de estas fuerzas sociales hostiles debían ser vigiladas de cerca, y que esa era la tarea del partido. Pero el heroísmo de la guerra civil, en la que todas las fuerzas se habían desplegado para la supervivencia de la revolución, había devorado la energía de mujeres y hombres. Y frente a las dificultades de la vida cotidiana combinada con el retroceso de la ola revolucionaria internacional, los trabajadores habían perdido en parte la esperanza y abandonado los soviets. Sin este control permanente de los oprimidos, la pequeña burguesía en las ciudades y en el campo comenzó a presionar a la burocracia del Estado y del partido para obtener ventajas.

Si estas fuerzas sociales actuaron sobre el partido, a veces corrompiendo a algunos de sus miembros, fue también del partido que la lucha contra ellos podía venir. Lenin, aunque enfermo, quiso liderar esta lucha, con Trotsky, contra Stalin, que ya encarnaba la burocracia. Pero la enfermedad lo atrapó. Privado de la capacidad de hablar y moverse, fue incapaz de librar su última batalla. Así que Trotsky se encargó de ello. Era necesario recuperar el partido revolucionario de 1917, reuniendo a todos aquellos que, sobre todo en la juventud, mantuvieron viva esta llama en ellos para luego unirse y convencer a los demás. Los obreros revolucionarios estaban en el partido.

Para dar una idea concreta de esta lucha, las memorias del trotskista Grigory Grigorov merecen ser citadas ampliamente. A finales de 1923, Grigorov, que se había unido al partido como combatiente del Ejército Rojo, fue enviado a un centro textil industrial, Rodniki. En sus memorias describe la situación de la clase obrera y de los miembros del aparato del partido local:



Grigori Grigorov en los 80.

“La mayoría de los trabajadores vivían en miserables casas de madera, al borde del colapso, en las que, por falta de combustible, tenían frío. Se formaban colas enormes para comprar productos alimenticios. (...)

Los miembros del comité local del partido[ellos] recibían todos los productos que necesitaban en un centro de distribución no abierto al público, una situación que consideraban perfectamente normal. El nivel moral del personal del partido era el más bajo: consumían vodka y aguardientes incluso en el trabajo, y por la noche jugaban a las cartas y organizaban fiestas. La joven activista que dirigía el sector de mujeres del comité del partido me invitó a una reunión de trabajadoras textiles. Allí declaró con entusiasmo que el poder soviético había dado a las mujeres total libertad. Pero para ella, esta famosa “libertad” tenía un lado angustioso: padecía una enfermedad venérea... (...) se indignó con una franqueza a la que yo no estaba muy acostumbrado: “¡Imagínense este “regalo” que me hizo un bastardo del comité del partido!”

Grigorov permaneció allí durante varios días y fue invitado a una reunión de los miembros de un grupo de la fábrica. La reunión comenzó con el discurso del director, Balakhnin, miembro del partido, por supuesto:

“[Balakhnin] comenzó enumerando los servicios que había prestado a la clase obrera en el pasado. Al hacerlo, parecía muy satisfecho consigo mismo (...). Luego, sin dudar, Balakhnin comenzó a denunciar a Trotsky, a recordar sus diferencias con Lenin, a llamarlo a veces liquidador, a veces menchevique [los socialistas que habían traicionado la revolución en 1917]. [Luego] llegó a decir que Trotsky se había opuesto a la insurrección armada de octubre y que, ahora atacando a los verdaderos leninistas, era un ideólogo de la pequeña burguesía. Y para concluir, hizo un brindis en honor del Comité Central Leninista. Oímos aplausos de dos o tres personas, y luego se produjo un largo silencio. El secretario del comité local del partido propuso entonces que pasáramos a las preguntas.”

Y allí empezaron a llover las preguntas de los trabajadores, también miembros del partido:

“¿Cómo pudo Lenin haber confiado el liderazgo del Ejército Rojo al menchevique Trotsky? ¿Por qué se tenía en alta estima a Trotsky cuando Ilitch [apellido de Lenin] estaba sano? ¿Cómo pudo Trotsky estar en contra de la insurrección de octubre, el que estaba a cargo de su preparación? Y Stalin, ¿quién es? No lo conocemos. ¿Por qué se nos proporciona pan rancio y congelado?”

¿Durante cuánto tiempo se privará a los trabajadores de sus derechos? ¿Por qué comemos peor en la cantina de la fábrica que los perros? Todas estas preguntas iban acompañadas de diversos ruidos y exclamaciones: “Se han convertido en burócratas”, “Se han separado de los obreros”, “Nos amordazan”, “Nos prometen el cielo en la tierra para mañana, pero hoy nos llaman a sufrir, mientras que para los dirigentes ya es el cielo”.

Grigorov sabía que el director había seguido las instrucciones del dispositivo que estaba haciendo campaña para difamar a Trotsky. Luego intervino para restaurar la verdad sobre Trotsky y su papel antes y durante la revolución. Luego se dirigió a la lucha contra la burocracia en el partido y en el Estado:

“Como resultado de la enfermedad de Lenin, ha comenzado una lucha por el poder en el comité central, mientras que en el Politburó la mayoría está unida contra Trotsky, la figura más popular del partido y del ejército. Pero a la gente no le importa esta lucha, para ellos lo importante es resolver los problemas esenciales: mejorar las condiciones de la vivienda, aumentar los salarios, el problema del suministro de alimentos. Los trabajadores deben concederse a sí mismos el derecho a participar en las decisiones que afectan a sus vidas.”

El discurso de Grigorov terminó con un estruendoso aplauso. El director trató de desacreditarlo gritando: “Grigorov es un maestro menchevique, ¿en quién confías?” Pero un obrero respondió: “Tú, Balakhnin, deberías haber ido primero a la escuela, antes de sentarte en la silla de un director.”

Se aprobaron dos resoluciones. El director tiene 19 votos, Grigorov 150. Pero aquí está el resto:

“Cuando se anunciaron los resultados de la votación, ocurrió un incidente muy sorprendente. Balakhnin sacó un arma de su bolsillo, me la apuntó y gritó:

- A los mencheviques como él, hay que dispararles.

Un grupo de trabajadores se le acercó, le quitó el arma y salió de la habitación. Después de eso, todos cantaron La Internacional, se escucharon gritos: “¡Vivan los líderes de la revolución, Lenin y Trotsky! “Viva el organizador del Ejército Rojo! »

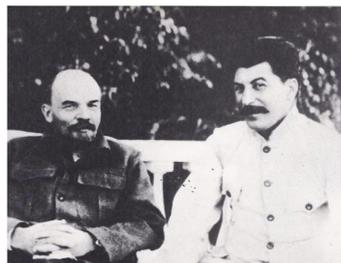
Nos llevó mucho tiempo separarnos. El secretario del comité local del partido se acercó a mí y me dijo:

- Para esta reunión, vas a hacer que me quiten mi trabajo. Y no te lo voy a agradecer.

A lo que yo respondí:

- No tienes nada que temer, eres un trabajador, irás a trabajar a la fábrica, mientras que para mí parece más delicado. Pero no me arrepiento de decir la verdad a los trabajadores.”

Como muestra este relato, la gangrena burocrática había progresado al tomar a los revolucionarios por sorpresa. Habían visto el enriquecimiento de algunos y el declive de la vida democrática en el partido. Pero al mismo tiempo, todos estos activistas, incluidos los burócratas, se habían encontrado en primera línea de la guerra civil, luchando codo con codo. Y entonces, año tras año, ¿por qué no confiar en las reconfortantes afirmaciones del dispositivo que aseguraban que las cosas estaban mejorando? Se requirió valor para aparecer abiertamente opositor y seguir a Trotsky, en quien todo el dispositivo estaba funcionando. El trotskismo nació en esta lucha.



Lenin y Stalin en 1922

ky para formar la Oposición de Izquierda con él. Alrededor de este núcleo, decenas de miles de miembros del partido se mostraron más o menos comprensivos clandestinamente. Entre ellos había viejos bolcheviques que habían conocido las prisiones del zar, las deportaciones y el exilio. Pero había principalmente jóvenes que se unieron al partido durante la revolución o durante la guerra civil. Todos ellos encarnaban la Revolución de Octubre y el bolchevismo. Militaron en el Partido Comunista porque era su partido.

Querían regenerarla, restaurar la democracia dentro de ella, devolverle su sentido de partido de la clase obrera. Durante diez años, los miembros de la oposición se abstuvieron de construir un nuevo partido. Pero en lo que respecta a la audiencia y el establecimiento en la clase obrera, y la competencia de los militantes y la dirección, eran un verdadero partido, ya que el movimiento trotskista no conocería nada más después.

A principios de 1926, la oposición logró recuperar una fracción de sus antiguos camaradas, los que siguieron a Zinóviev y Kámenev, que hasta entonces se habían mantenido unidos con Stalin contra Trotsky, antes de cambiar de bando. Víctor Serge, que entonces hacía campaña en Leningrado, relata esta inversión de varios viejos bolcheviques:

“Los antiguos dirigentes del partido de Leningrado, casi todos los cuales conocía desde 1919, (...) parecían haber cambiado sus almas en una noche y no puedo evitar pensar que sintieron un profundo alivio cuando salieron de la sofocante mentira para alcanzarnos. Hablaron de este Trotsky, a quien denigraron odiosamente el día anterior, con admiración y comentando los detalles de las primeras entrevistas entre él, Zinóviev y Kámenev.”

La Oposición Unificada presentó una plataforma política para el XV Congreso del Partido en 1927. Era el programa revolucionario de la clase obrera de la Unión Soviética. La plataforma exigió que el aumento de los salarios de los trabajadores *“vaya de la mano con el aumento del rendimiento de la industria”*. Dijo que era necesario buscar la alianza con los campesinos pobres y luchar contra los campesinos ricos, eximiendo a los primeros de impues-

tos y tomando más de los segundos, así como de los pequeños capitalistas, sin elevar los impuestos de los campesinos medios. La plataforma dijo que era necesario desarrollar la industria estatal para que *“la reducción de precios alcanzara, sobre todo, las necesidades básicas consumidas por las grandes masas de trabajadores y campesinos”* y subrayó el vínculo indisoluble entre el futuro de la Unión Soviética y la revolución a escala internacional. Y puso la lucha contra el comportamiento burocrático en primer plano al exigir el retorno de la democracia en el seno del partido.

Incluso diez años después de octubre, este programa revolucionario resonó en los corazones de muchos trabajadores y activistas. También atrajo a los más jóvenes por su veracidad. El eco recibido por la oposición representó un peligro mortal para la burocracia. Así que Stalin decidió amordazarla. Y justo antes del congreso, la Oposición fue excluida. Sus activistas fueron enviados a la deportación o a prisión. El aparato logró que algunos de ellos se rindieran. Pero decenas de miles se mantuvieron firmes a pesar de la represión, al igual que Rakovski, uno de los pocos líderes de la oposición que pudo asistir al congreso, quien respondió al Comité Central pidiéndole que se rindiera: *“Me estoy haciendo viejo. ¿Por qué arruinar mi biografía?”*. Y fue deportado.

Trotsky lo fue al Kazajstán. Un año más tarde, para aislarlo radicalmente del resto de la Oposición y golpearlo en la cabeza, Stalin hizo que lo expulsaran de la Unión Soviética. Pero incluso sin Trotsky, incluso encarcelado y reprimido, la oposición no se doblaría. Y sus análisis y folletos continuaron circulando en fábricas y barrios obreros. A mediados de la década de 1930, la Oposición incluso vio a nuevos miembros, jóvenes y trabajadores llegar a ella. Así que Stalin organizó su liquidación total.

Perseguidos como estaban, la Oposición no tenía otra forma de luchar que negándose a rendirse al terror. Aceptar someterse era dejar que el aparato ensuciara toda su lucha, dejar que dijera que eran mentirosos y traidores a la clase obrera. La gran mayoría de los seguidores de la Oposición, que habían estado siguiendo a Trotsky desde 1923, prefirieron morir antes que ceder. Este acto

heroico fue sobre todo político. No se puede comprender su determinación si no se entiende que era el apoyo a la Revolución Rusa lo que defendían, su fidelidad a esta lucha y a este momento único en la historia de la lucha de clases, cuando vieron el derrocamiento total del capitalismo. Sabían que eran los últimos en encarnar el bolchevismo y que no debían ceder ante la posibilidad de transmitir este patrimonio a las nuevas generaciones.



James P. Cannon

Fuera de la URSS, la estalinización de la Internacional Comunista

Internacionalmente, el movimiento comunista se había desarrollado en paralelo con esta degeneración del estado soviético. Los militantes obreros habían roto con partidos socialistas o sindicatos anarquistas para recurrir a la Tercera Internacional e ir a la escuela del bolchevismo, para “*hacer como en Rusia*”. Pero apenas habían dado este paso, cuando se enfrentaron a luchas internas en la dirección del partido soviético, luchas cuyos retos no entendían.

James Cannon, que entonces era uno de los líderes del Partido Comunista de los Estados Unidos y más tarde se convirtió en trotskista, relata su propio malentendido al comienzo de la Oposición de Izquierda:

“Estaba muy insatisfecho. Nunca me entusiasmó el conflicto en el partido ruso. No lo entendí. (...) el criterio utilizado para juzgar a los líderes en Moscú fue: quién había gritado más fuerte contra el trotskismo y Trotsky.”

Aun cuando las políticas de la Internacional Comunista contra las que luchaba la Oposición tuvieron consecuencias catastróficas, la gran mayoría de los militantes comunistas del mundo no entendían las razones: en China, en 1927, cuando estalló unarevolución

proletaria, la Internacional obligó a los comunistas chinos a apoyar a los líderes burgueses que se volvieron contra la clase obrera y aplastaron la revolución en sangre. Pero Cannon confiesa con sinceridad: *“los provincianos americanos que éramos no sabíamos nada al respecto. China estaba muy lejos. Nunca habíamos visto ninguna de las tesis de la Oposición rusa.”*

Cuando Cannon descubrió estas tesis, se unió a Trotsky.

El retroceso general de la ola revolucionaria había fortalecido tanto la burocracia en la URSS como las tendencias conservadoras en los partidos comunistas. La combinación de los dos transformó la Internacional Comunista de Lenin en una Internacional estalinista que se convertiría en un arma contra la revolución. Y la victoria del partido nazi en Alemania en 1933 revelaría lo fatal que fue esta evolución.

En Alemania, durante el ascenso del nazismo a principios de la década de 1930, la clase obrera alemana se organizó en dos grandes partidos obreros, el Partido Socialista y el Partido Comunista. El PC había sido decapitado desde su nacimiento en 1919 por el asesinato de varios de sus líderes, entre ellos Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. Había surgido y crecido en los episodios revolucionarios que siguieron, pero rápidamente se hundió en los seguidores ciegos del aparato estalinista.

Las fuerzas organizadas del movimiento obrero alemán eran considerables. Coordinados para luchar contra los nazis, podrían haber creado un poderoso frente unido. Pero la lucha decidida contra el nazismo significó la lucha contra el capitalismo y por la revolución obrera. Los dirigentes del Partido Socialista no lo querían. Su política era esperar que la burguesía alemana no llamara a los nazis al poder. La dirección estalinista del Partido Comunista también había renunciado a la lucha revolucionaria, que ocultaba tras un sectarismo suicida con la llamada fórmula socialfascista, que consideraba que el Partido Socialista y el Partido Nazi eran “gemelos” e impedía cualquier frente unido de los trabajadores. Desorientada por los dirigentes del PC y del PS, la clase obrera alemana fue entregada sin lucha a Hitler que, tan pronto como llegó

al poder, aplastó a las organizaciones obreras, asesinando a sus militantes o encerrándolos en campos de concentración.

La destrucción del movimiento obrero alemán fue un trueno, pero ninguna dirección de ningún partido comunista en el mundo criticó la política estalinista, revelando la completa bancarrota de la Tercera Internacional.

La victoria de Hitler significó que el imperialismo alemán se prepararía para una nueva guerra mundial. Y esta Alemania nazi era una amenaza obvia para la URSS. Pero la burocracia soviética se había vuelto incapaz de ver las explosiones revolucionarias del proletariado como algo más que un peligro para sí misma. Así que buscó aliados del lado de los países imperialistas. Y puso a la Internacional Comunista al servicio de su diplomacia. Lo que el estalinismo tenía para ofrecer a sus aliados imperialistas era su capacidad de engañar a la clase obrera.

Por orden de Moscú, los dirigentes de los PC estalinizados se acercaron a todo lo que estaba a su derecha, a los partidos socialistas y a los partidos burgueses, como hicieron en España y Francia, creando frentes populares con el fin de canalizar la protesta de los trabajadores hacia el campo del electoralismo. Al mismo tiempo, y esto está relacionado, no tolerarían ninguna expresión independiente a su izquierda que denunciara su traición y mala conducta.

Cuando estalló la revolución proletaria española en julio de 1936, la Internacional Comunista intervino conscientemente por primera vez en un sentido contrarrevolucionario. Una revolución española victoriosa habría encontrado inmediatamente el apoyo de la clase obrera francesa, que acababa de experimentar la huelga general de junio de 1936 con sus ocupaciones de fábricas. Esto habría supuesto un retroceso político considerable en esta Europa en la que se estaba extendiendo el fascismo. Pero la burocracia temía más a la revolución proletaria que a la guerra mundial. Para un nuevo estado obrero habría revelado la usurpación estalinista a todos los trabajadores. Entonces Stalin hizo todo lo que pudo para estrangular a la revolución.

Los estalinistas y socialistas, aliados del Frente Popular Español, obligaron a los explotados a renunciar a sus reivindicaciones revolucionarias con el pretexto de que, en la lucha contra la extrema derecha franquista, no había que asustar a la imaginación republicana burguesa. Con la complicidad de los líderes anarquistas del poderoso sindicato de la CNT, suprimieron el impulso de las masas. La burguesía había elegido el franquismo y los estalinistas asesinaron a los revolucionarios españoles.

Stalin había enviado armas a España, no a los trabajadores, sino a este componente del Estado que dice ser republicano. También había reunido tropas para ella. A petición de la Internacional Comunista, militantes de toda Europa formaron las Brigadas Internacionales. Habían venido a luchar contra el franquismo, creyendo que darían sus vidas por el movimiento comunista para vengarse de Hitler, Mussolini y todos los dictadores de Europa. Pero estos mismos militantes proporcionaron al estalinismo las tropas para reprimir la revolución española.

Fue porque se había hecho pasar por el sucesor de Lenin que Stalin pudo hacerlo, e imponer a los militantes comunistas en todos los países, algo que ningún partido burgués o reformista podría haberles impuesto jamás. El estalinismo reintrodujo ideas burguesas como el nacionalismo y el electoralismo en el propio movimiento comunista, que no tenía nada que ver no sólo con el bolchevismo sino incluso con lo que el movimiento obrero había logrado construir antes. Esta regresión política, esta corrupción del movimiento obrero, la burguesía no podría haberla conseguido sin el estalinismo. La confiscación de la bandera de la Revolución Rusa por el estalinismo la convirtió en un veneno infinitamente más fatal para el movimiento obrero revolucionario que cualquier veneno reformista del pasado.

La situación mundial en el momento de la fundación de la IV Internacional

Así que cuando se fundó la Cuarta Internacional en septiembre de 1938, estaba formada sólo por pequeñas organizaciones.

En la historia del movimiento obrero, desde Marx siempre ha habido una corriente revolucionaria en la clase obrera. De generación en generación, ya sea en períodos de tormenta o de calma de la lucha de clases, siempre se han transmitido las ideas revolucionarias de militantes a militantes, que han aprendido unos de otros. Incluso cuando había rupturas en esta continuidad, esta transmisión tenía lugar. Los partidos socialistas habían sido fundados por militantes que habían sido formados alrededor de Marx y Engels. Después de la revolución rusa, se crearon partidos comunistas a partir de las corrientes revolucionarias de los partidos socialistas o de los sindicatos obreros con tendencias anarquistas.

Por primera vez en la historia, el estalinismo había roto esta continuidad humana militante al exterminar a los trotskistas soviéticos y corromper a los partidos comunistas hasta el punto de convertirlos en partidos al servicio de los intereses de la burguesía. Las ideas revolucionarias se habían convertido en un fantasma.

Incluso en este estado, los trotskistas continuaron luchando contra la burguesía. Pocos días antes de la declaración de guerra entre Francia y Alemania en agosto de 1939, Hitler se reunió con el embajador francés en Berlín y le dijo: *“Yo ganaré, yo lo creo, y ustedes creen que ganarán, pero lo cierto es que la sangre alemana y la sangre francesa fluirán.”* El embajador francés le dijo: *“Si realmente creyera que ganaríamos, también tendría miedo de que el resultado de la guerra fuera que sólo hubiera un ganador,*



Acto en memoria de León Trotsky

el Sr. Trotsky.” Y Hitler respondió: “Lo sé”. Para la burguesía, el miedo a la revolución proletaria se encarnaba en Trotsky.

Trotsky fue asesinado el 21 de agosto de 1940 por un agente de Stalin menos de dos años después de la fundación de la IV Internacional. Políticamente, ella no sobrevivió a su muerte porque él era su único verdadero líder. Los militantes que se habían unido a ella en Europa o en los Estados Unidos a pesar de todo su coraje, no tenían la experiencia y el temperamento de los militantes de la Oposición de Izquierda soviética. Nunca habían estado en contacto con el bolchevismo. ¿Dónde lo habrían conocido? No en los partidos estalinizados, y menos aún en los partidos socialistas reformistas.

Además, el estalinismo había construido una muralla entre estas débiles organizaciones trotskistas y la clase obrera que quería que fuera intransitable. En la URSS, Stalin había ejecutado a casi todos los trotskistas. En el extranjero, aunque hubiera asesinado a Trotsky y a otros líderes trotskistas como León Sedov, el hijo de Trotsky, no podía liquidar a los revolucionarios tan fácilmente. Por otro lado, dentro del proletariado donde era hegemónico, podía gobernar su ley. Los estalinistas sistematizaron la violencia moral y física contra los trotskistas para impedir que sus ideas entraran a la clase obrera. Los militantes trotskistas fueron denunciados como agentes del imperialismo, llamados “Hitler- Trotskistas”. Los pocos militantes obreros revolucionarios descubiertos fueron reportados al patrón para su despido. Y los militantes revolucionarios que se presentaban abiertamente ante las empresas eran golpeados y amenazados de muerte.

Al introducir métodos mafiosos en el movimiento obrero, el estalinismo también ha corrompido a sus propios militantes. Les enseñó a pisotear la democracia obrera, a silenciar las oposiciones, a desconfiar de las bases porque podrían ser demasiado independientes. Ha cultivado entre sus líderes la arrogancia y el desprecio de aquellos que piensan en lugar de los trabajadores y deciden lo que es bueno para ellos.

El estalinismo ha liquidado a los militantes capaces de transmi-

tir las tradiciones del bolchevismo. Creó una brecha entre la clase obrera y las ideas revolucionarias. Pero no pudo destruir lo que Trotsky había escrito: sus textos, sus análisis, sus programas son lo que hoy nos queda y son inestimables.

El movimiento trotskista después de la muerte de Trotsky

El movimiento trotskista estalló después de la Segunda Guerra Mundial. Los activistas habían sido asesinados, algunos en campos nazis, otros asesinados por los estalinistas. Había militantes trotskistas en muchos países, en Europa, en América, en Asia, en Sudáfrica. Pero, en general, se trataba de grupos muy pequeños que no contaban con implantación entre los trabajadores. Formalmente, la Cuarta Internacional siguió existiendo y logró celebrar un segundo congreso mundial diez años después de su fundación. Pero, por supuesto, sin Trotsky.

Sin embargo, sólo Trotsky encarnó la política y el programa de la Cuarta Internacional. Había dirigido un partido obrero de masas y dos revoluciones, formó y llevó a la victoria un Ejército Rojo de varios millones de hombres. En el ámbito internacional, los trotskistas que acudieron a él eran en su inmensa mayoría jóvenes intelectuales aislados de las masas trabajadoras y que sólo la mitad de ellos entendían los consejos que les había dado. En una discusión con militantes estadounidenses en 1939, Trotsky caracterizó a los trotskistas franceses de la siguiente manera:

“Hay compañeros como Naville y otros en Francia que vinieron a nosotros hace quince, dieciséis años, cuando todavía eran muy jóvenes (...) y, durante toda su vida consciente, sólo recibieron golpes, sufrieron sólo derrotas, terribles derrotas, y están acostumbrados a ello. Aprecian mucho la precisión de sus diseños, son capaces de hacer un buen análisis, pero nunca han sido capaces de penetrar en las masas, de trabajar allí, nunca han sido capaces de aprender a hacerlo.”

Naville, que había estado en estrecho contacto con Trotsky, dejó
80 años de la fundación de la IV Internacional

de ser activista después de la guerra. Pero los que dirigieron las organizaciones trotskistas en Francia y Europa tenían los mismos defectos que Trotsky mencionó. En los Estados Unidos, Cannon y los activistas obreros que lo rodeaban habían logrado afianzarse en la clase obrera. Y no es coincidencia que fuera su organización la que siguiera más de cerca el consejo de Trotsky. Pero los únicos que realmente hablaban el mismo idioma que Trotsky, que tenían experiencia de trabajo militante revolucionario entre las masas, habían sido sus camaradas soviéticos, que habían muerto todos o casi todos.

Los militantes que originaron nuestra corriente se separaron durante la Segunda Guerra Mundial con el resto del movimiento trotskista en Francia porque la mayoría de ellos, después de la derrota militar de 1940, habían planteado una política de *“frente común con todos los elementos que pensaban francés”* que era de hecho un abandono del internacionalismo. Pero la decisión de romper, para estos militantes, fue motivada principalmente por la necesidad de vincular su destino a la clase obrera orgánicamente, humanamente, concretamente; volviendo a la idea fundamental de que era necesario empezar por construir una organización en dirección a los trabajadores y a las empresas. En su informe sobre la organización de 1943, Barta, el militante de origen rumano que dirigía este pequeño grupo, la Unión Comunista, explicó las razones de esta ruptura y la creación de una organización independiente:

“Las ideas de la Oposición rusa, que fueron la base del nacimiento de la corriente de la IV Internacional, no pudieron penetrar en un ambiente de clase obrera en Francia. (...) El hecho de que estas ideas fueran adoptadas principalmente por intelectuales que carecían de tradiciones comunistas genuinas, que durante años (...) no tuvieron la oportunidad de militar sobre la base de las luchas obreras, dio a la Oposición Comunista en Francia un carácter pequeñoburgués que hizo que cualquier desarrollo ulterior del movimiento (...) en Francia fuera incierto, en un momento en que la situación objetiva (las luchas proletarias de 1934

a 1939) proporcionaba una base sólida para la propagación de las ideas de la IV Internacional.

Desde el comienzo de la guerra, hemos estado involucrados en la creación de una organización revolucionaria de tipo bolchevique. El bolchevismo implica, con una política justa (...), un contacto real y extenso con la clase obrera, una participación diaria en sus luchas; se inspira en los intereses diarios y permanentes de la clase obrera.”

A través de su actividad militante, la Unión Comunista logró ganar trabajadores para el trotskismo y formar dirigentes entre ellos. Como Pierre Bois, que iba a ser el líder de la huelga en la fábrica Renault de Billancourt de abril-mayo de 1947, donde miles de trabajadores se enfrentaron a la dirección, al gobierno y al aparato hegemónico de la CGT estalinista, organizándose democráticamente en un verdadero comité de huelga. Temiendo ser desacreditados por los trabajadores, los ministros del PCF tuvieron que declarar su apoyo a la huelga y fueron excluidos del gobierno. El éxito militante de esta huelga, sin embargo, no tuvo ningún impacto en la forma en que el resto del movimiento trotskista militó. Y la Unión Comunista permaneció sola en sus opciones militantes.

Después de la muerte de Trotsky, todos los que se fijaron el objetivo de construir organizaciones sobre la base del trotskismo se enfrentaron al problema de orientarse políticamente, en un mundo en el que el estalinismo, afirmando ser el único representante del comunismo y la revolución, desfiguró estas mismas ideas. Las ideas del auténtico comunismo revolucionario tenían que encontrarse en los libros. Y en ese momento, no fue fácil encontrar las obras de Trotsky.

Uno de los análisis más fundamentales de Trotsky y de la Oposición de Izquierda fue el de la URSS. En marzo de 1934, cuando el estalinismo había llevado al proletariado alemán a la matanza entregándoselo a Hitler, y mientras Stalin encarcelaba a los trotskistas en la URSS, Trotsky dijo:

“El fruto de la gran Revolución de Octubre en Rusia fue el Es-

tado soviético. Mostró qué fuerzas y posibilidades hay en el proletariado. El Estado soviético sigue siendo, incluso hoy en día, la carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. En estos tiempos difíciles, hacemos un llamamiento a todos los trabajadores honestos para que defiendan al Estado soviético.”

Trotsky ya había luchado contra militantes que ya no querían asumir esta visión de la URSS. Después de la guerra y la muerte de Trotsky, otros militantes, al tiempo que afirmaban ser trotskistas, cuestionaron el razonamiento de Trotsky sobre la Unión Soviética. Por supuesto, todo el mundo podía ver que detrás de la propaganda oficial, la Unión Soviética estaba cada vez más lejos del ideal socialista de igualdad y fraternidad. El enriquecimiento de la burocracia era cada vez más repugnante. Y la dictadura era feroz.

Pero la sociedad soviética fue el resultado de una revolución, un terremoto social de una magnitud excepcional en la historia de la humanidad. La intervención directa de las masas había perturbado profundamente las viejas relaciones sociales. Los oprimidos se habían liberado de la opresión en todas sus formas y de una manera radical. Nada podría ser igual que antes, y primero en sus cabezas. Habían dado forma a nuevas relaciones sociales, que a su vez las habían transformado de manera profunda y sostenible. Sólo una revolución proletaria que movilizó a decenas de millones de personas durante años podría lograrlo. Ningún golpe de estado, ninguna revolución palaciega, ni siquiera ninguna revolución campesina dirigida por la pequeña burguesía podría tener tal efecto.

Decir que la URSS era una dictadura como cualquier otra era barrer con su origen revolucionario proletario. Además, esta renuncia se veía a menudo presionada por la propaganda anticomunista, que fue muy fuerte durante la Guerra Fría y que fue transmitida en gran medida por los partidos socialistas.

Desde finales de 1947, en los países de Europa Central, como Checoslovaquia, Hungría, Polonia, etc., ocupados por el ejército soviético, la burocracia estalinista estableció gobiernos a su disposición para impedir que estos países escaparan a su control. Estas Democracias Populares, como más tarde se las llamó, afirmaban

ser socialistas. Y formalmente, en este período de tensión entre la URSS y el imperialismo, estos regímenes eran aliados de la Unión Soviética. Ahora bien, ¿cuál era la naturaleza de esos nuevos estados?

La mayoría de la corriente trotskista decretó que las Democracias Populares eran, como la URSS, estados obreros degenerados. Pero trazar una línea de igualdad entre estos estados y la URSS era decir que la burocracia estalinista podría desempeñar un papel equivalente a la acción consciente de millones de trabajadores, y que la toma de posesión de un aparato estatal por el ejército y la policía política de Stalin podría tener los mismos efectos que una de las revoluciones sociales más profundas de la historia. Esto significaba en términos claros que no había necesidad de la intervención de la clase obrera para derrocar al capitalismo.

Por nuestra parte, siempre hemos mantenido la idea fundamental de que nada puede reemplazar la intervención consciente de las masas trabajadoras. Y consideramos que estos estados, aunque estaban bajo el control del Kremlin, no habían cambiado de naturaleza y seguían siendo estados burgueses; y que sólo la Unión Soviética era un estado obrero degenerado, el resultado de la revolución de octubre de 1917.

Después de la Segunda Guerra Mundial, tuvo lugar la explosión revolucionaria de las masas oprimidas de los imperios coloniales. A la vez que eran extremadamente cautelosos con los procesos revolucionarios que se estaban llevando a cabo -porque las revoluciones son siempre impredecibles- el punto de vista que guió a los militantes de nuestra corriente a orientarse en estos hechos, estas revoluciones, fue tratar de entender qué papel jugaba la clase obrera como fuerza política, y si había un partido obrero que representara sus intereses políticos.

La revolución china, que condujo a la toma del poder por el Partido Comunista de Mao en 1949, sacudió toda Asia. El campesinado pobre se levantó contra sus opresores en el campo, los terratenientes y los señores de la guerra del pasado. Y el partido de Mao tomó la delantera en esta revuelta. Pero, ¿dónde estaba el proletaria-

do? ¿Dónde estaba su acción política? A pesar de su debilidad numérica, podría haber desempeñado un papel de liderazgo, como lo demostró la revolución obrera de 1927 en ese mismo país unos 20 años antes.

Pero el Partido Comunista Chino ya no era un partido obrero. Su historia, después de la sangrienta represión de 1927, la había llevado lejos de las ciudades, al campo. Y se había convertido en un aparato guerrillero. Se había separado de la clase obrera, pero también de los círculos pequeñoburgueses y burgueses vinculados a la dictadura y, por lo tanto, incapaz de la más mínima oposición radical. La evolución original del PC chino lo había convertido, a pesar de su nombre conservado, en un partido nacionalista pequeñoburgués radical, cuyos dirigentes habían aprendido, en la escuela del estalinismo, cómo blandear los ideales comunistas para engañar a las masas rebeldes.

Había militantes trotskistas en China, algunos de los cuales habían sido ganados en la Oposición ya en 1927. Mao los liquidó físicamente. Por muy débiles que fueran, representaban para él el peligro de una política proletaria independiente.

Mao creó un precedente. Desde Vietnam hasta Cuba, pasando por Corea del Norte y toda una serie de guerrilleros, los líderes nacionalistas se inspiraron en sus métodos en su lucha contra el imperialismo. Cada vez había militantes en el movimiento trotskista, que los veían como “*procesos revolucionarios*” que automáticamente “*daban a luz a nuevos estados obreros*”. Sintiéndose incómodo, algunos se sintieron obligados a añadir el adjetivo “*degenerado*” o “*deformado*”. Pero los epítetos no cambian el hecho de que estos estados no tenían nada en común con lo que se había logrado en Rusia en 1917.

Desde entonces, Vietnam y China se han abierto espectacu-



Mao Zedong en la Plaza Tiananmen. 1949

larmente al mercado capitalista. El régimen cubano se mueve en la misma dirección. Y las mal llamadas Democracias Populares se han unido al redil capitalista. Pero no es tanto que la historia haya probado los análisis de nuestra corriente actual lo que nos importa, sino que las ideas en las que se basaron y que el resto del movimiento trotskista las ha rechazado. Sugerir que la burocracia estalinista o los grupos nacionalistas pequeñoburgueses, por muy radicales que sean, pueden desempeñar el mismo papel que la clase obrera para darle la espalda al trotskismo. Significaba renunciar a defender el programa revolucionario del proletariado alegando que otros podían llevarlo a cabo en su lugar.

Lo que caracteriza a nuestra corriente es nuestra lealtad a la clase obrera y al trotskismo. En un momento en que el PCF era todopoderoso en la clase obrera francesa y formó un cordón sanitario a su alrededor para impedir que las ideas trotskistas echaran raíces, los militantes detrás de nuestra corriente no se rindieron. No buscaron recurrir a otros estratos sociales que habrían servido como sustituto de la clase obrera. Y a pesar de las dificultades, crearon una organización obrera trotskista. Hoy en día, las dificultades han cambiado de naturaleza. Ya no es el estalinismo, sino la retirada del combate y la profunda despolitización de la clase obrera a la que debemos enfrentarnos. Pero siempre con las mismas perspectivas -encontrar la manera de implantar las ideas trotskistas en la clase obrera- con la misma confianza total en el proletariado. Para nosotros, los comunistas revolucionarios, no hay alternativa.

INTERVENCIÓN DE MAX CELESTE -COMBAT OUVRIER-

Nuestro grupo milita desde 1971 en Martinica y Guadalupe. Estas dos islas fueron colonias francesas durante mucho tiempo. Luego, en 1946, tenían el estatus de departamentos franceses sobre el papel. Durante otro medio siglo tuvieron que soportar la opresión colonial directa antes de que se lograra una relativa igualdad social y el reconocimiento de las libertades democráticas. Sin embargo,

72 años de departamentalización aún no han borrado tres siglos de esclavitud y colonialismo.

Somos un grupo trotskista, miembro de la UCI (Unión Comunista Internacionalista), junto a otras organizaciones incluyendo Lutte Ouvrière. Todavía hoy somos un pequeño grupo, ciertamente en estas dos pequeñas islas de las Indias Occidentales, pero nos hemos enfrentado a una situación que recuerda toda una serie de situaciones que han existido en otros países colonizados pobres y semicolonizados donde han surgido problemas de emancipación de la opresión colonial, imperialista y racial. La escala de los países no excluye las similitudes, analogías y comparaciones.

Después de nuestra fundación en 1965 en París, inmediatamente hicimos campaña a favor de los trabajadores de la emigración de las Indias Occidentales. Al mismo tiempo, nos enfrentamos a las ideas nacionalistas en boga en aquel momento, apoyadas por organizaciones nacionalistas que irradiaban los círculos de la juventud estudiantil e incluso de los jóvenes trabajadores politizados. Fue una mezcla de maoísmo, castrismo, guevarismo, negritud, ideas del FLN argelino victorioso en su guerra contra el colonialismo francés, ideas de los nacionalistas vietnamitas en medio de la guerra y luego contra los Estados Unidos después de la guerra victoriosa contra el colonialismo francés. Y todo esto, con una pizca de marxismo.

En las Indias Occidentales, en medio de un período colonial, en un momento en que la policía disparaba a los trabajadores en lucha, cuando la pobreza era comparable a la que todavía existe en África, por ejemplo, los partidos comunistas estalinistas habían tomado hace mucho tiempo un curso nacionalista. A principios de la década de 1960, surgieron organizaciones nacionalistas más activas que abogaban por la autonomía nacional o la independencia de Francia. En 1963, había, entre otros, el GONG (Grupo de Organizaciones Nacionales de Guadalupe) y la OJAM (Organización Juvenil Anticolonialista de Martinica). Fueron transmitidos por organizaciones estudiantiles.

Todas estas organizaciones y partidos promovieron lo que lla-

maron *“liberación nacional”*, relegando el lugar de la clase obrera y de los pobres a lo que llamaron la *“segunda etapa”*. Después de la liberación nacional, esta segunda etapa, que se suponía socialista, era en realidad sólo un futuro hipotético. De hecho, lo que los nacionalistas quieren es el advenimiento de un Estado martiniqués o guadalupeño con la pequeña burguesía y la burguesía gobernante. En cuanto a la clase obrera, como a las clases pobres, su papel es el de aceptar la construcción del Estado guadalupeño y martiniqueño haciendo todos los sacrificios necesarios en nombre de la patria *“guadalupana”* y *“martiniqueña”*. En última instancia, era un papel de pequeño soldado al servicio de los intereses de la burguesía local y de la pequeña burguesía. Esto es lo que los nacionalistas, al igual que en China o Vietnam, llamaron la *“revolución nacional democrática y popular”* (RNDP). Era la *“alianza de las cuatro clases”* que Mao había defendido en China, es decir, la alianza del campesinado con la clase obrera, la pequeña burguesía y la burguesía nacional. Este programa despertó muchas ilusiones entre los trabajadores politizados y los jóvenes, cuando en realidad estaba siendo promovido para forjar una nación burguesa independiente del imperialismo francés. No para hacer prevalecer los intereses de los trabajadores y de los pobres.

En las Indias Occidentales, algunos grupos independentistas, dada la frecuencia y la fuerza de las luchas de los trabajadores, optaron, a partir de los años setenta, por fusionarse con la clase obrera y crear sindicatos. Buscan utilizar las luchas de los trabajadores y crear un malestar social y político que los ponga en condiciones de negociar una forma de independencia con París. Hasta ahora no han tenido éxito, porque los trabajadores no los siguen en este campo, aunque, por ejemplo, uno de estos sindicatos nacionalistas sigue siendo el sindicato mayoritario de Guadalupe, la UGTG (Unión General de Trabajadores de Guadalupe).

Para nuestro grupo, desde el principio, tuvimos que denunciar el colonialismo, sus crímenes y masacres y luchar por la emancipación de los pueblos de Martinica y Guadalupe de la opresión colonial, pero tuvimos que poner los intereses de los trabajadores

y los pobres en primer lugar en esta lucha. En nuestro manifiesto de 1965, dijimos:

“Durante tres siglos, nuestro país ha estado bajo el dominio directo y sangriento del imperialismo francés. Durante tres siglos, hemos sido colonizados, sometidos, nuestro desarrollo económico ha sido paralizado por la presión de la industria francesa, nuestra cultura nacional ha sido destruida y la ciudadanía francesa que se nos ha ofrecido desde 1946 de hecho sólo se utiliza para chupar nuestra sangre. Esta ciudadanía no es más que un engaño y sólo enmascara el creciente empobrecimiento de nuestra población en favor del imperialismo francés. (...)

En esta lucha (...) no sólo tendremos que oponernos a los secuaces y mercenarios del imperialismo, no sólo tendremos que superar nuestras propias vacilaciones, sino que también tendremos que luchar contra aquellos que, en nuestro medio, ya se ven a sí mismos como aprovechados, los líderes indígenas del Caribe independiente.

Nuestra lucha por la independencia es la lucha de las clases pobres de la población por una vida mejor. No es la lucha para que la burguesía de las Indias Occidentales pueda beneficiarse de su comercio, sin miedo a la competencia imperialista, para que unos pocos médicos, abogados u otras “élites” se encuentren, más tarde, dotados de posiciones y sinecuras predicándonos trabajo, paciencia y esperanza.”

Unos quince años después, hubo un resurgimiento del activismo nacionalista en las Indias Occidentales. Los grupos independentistas se habían fijado el objetivo de obligar al gobierno francés a negociar la independencia de las Indias Occidentales mediante atentados con bombas. Hubo casi una década de tal activismo nacionalista desde finales de 1979 hasta julio de 1989. Por lo tanto, nuestro Grupo en este momento ha tenido que hacer frente a esta nueva situación sin precedentes para nosotros.

Teníamos que encontrar la actividad y las consignas adecuadas en esta nueva situación a la que nos enfrentamos directamente, y

encontrar una política acorde con los intereses de los trabajadores en la lucha contra el imperialismo francés, en un momento en el que el activismo de los grupos nacionalistas, si no contaba con el apoyo formal de la población, aún suscitaba cierta simpatía en su interior.

Ya habíamos valorado el hecho de que la población expresaba (como todavía lo hace) más un sentido de opresión racial que un sentido nacionalista de independencia política. Este sentimiento, que proviene de la sociedad esclava y de la economía de las plantaciones, se explica por el hecho de que todo está dirigido y controlado por una minoría de blancos en las islas donde hay una mayoría de negros. En comparación con los nacionalistas que reivindicaban un Estado independiente, propusimos la siguiente consigna: *“Por un Estado de negros pobres e independientes de los blancos y de los negros ricos”*.

Por otro lado, frente a los ataques individualistas nacionalistas, hemos apoyado en nuestra prensa a grupos radicales clandestinos que han tomado medidas, pero de una manera diferente, tratando de involucrar a la juventud y a los trabajadores locales. Este fue el caso, por ejemplo, de nuestro apoyo a las acciones del “Comité contra el Genocidio por Sustitución”, que llevó a cabo acciones duras y violentas contra los símbolos de la opresión racial, en los distritos habitados por blancos y contra sus propiedades en estos distritos y en las ciudades.

Así que, sí, una de las tareas de los revolucionarios comunistas, los trotskistas, es primero entender y luego tomar en cuenta los sentimientos de las masas oprimidas. Es el programa de los primeros cuatro congresos de la Internacional Comunista y el programa trotskista lo que nos permitió buscar y comprender en el marxismo los sentimientos de las masas en general, los de las masas de los países dominados y los de las masas negras y de color de nuestros países.

En particular, las tesis sobre la cuestión nacional y colonial y la tesis sobre la cuestión negra de los primeros cuatro congresos de la internacional comunista dirigidos entonces por Lenin y Trotsky

nos proporcionaron la dirección correcta. Más tarde, en el exilio, durante una discusión sobre los negros estadounidenses con activistas estadounidenses, dijo León Trotsky:

“La cuestión de la religión no tiene nada que ver con la cuestión de la nación. El bautismo de un hombre negro es algo totalmente diferente del bautismo de un Rockefeller. Son dos religiones diferentes.”

Del mismo modo, los sentimientos de opresión de un trabajador caribeño negro o de color hacia su jefe blanco son diferentes de los sentimientos de opresión que un médico, abogado, jefe administrativo negro o indio puede sentir hacia la administración blanca y las secuelas coloniales y raciales. Son dos opresiones diferentes. Pero esta vez, entre los propios negros.

Además, hoy en día ya podemos verificar esto en la práctica. Una fracción de prominentes nacionalistas han logrado obtener un sustituto del poder local en Martinica. Y este será pronto el caso en Guadalupe, con una sola asamblea que sustituirá al Consejo General y al Consejo Regional. Estamos lejos de la independencia, e incluso de la autonomía. Pero esta pequeña migaja de poder local ya es suficiente para los líderes locales por el momento. Controlan en parte los ingresos procedentes de los impuestos pagados por la población, así como los créditos asignados por el gobierno francés y Europa, sin control popular, y los utilizan como medio para presionar a la población. En todas las islas circundantes, es el mismo tipo de personas notables que están a la cabeza de los estados independientes del Caribe.

Nuestra existencia y personalidad política se han forjado en la lucha contra el programa y los ataques nacionalistas y en nuestra actividad militante en la clase obrera. Nuestro grupo tiene experiencia en las luchas de los trabajadores, las que dirigen nuestros camaradas en las empresas y los sindicatos.

Todo esto nos da la oportunidad, en períodos de fiebre social o de creciente activismo nacionalista, de expresar la posición comunista, trotskista, aunque siga siendo minoritaria. Y es la for-

mación trotskista la que nos ha permitido encontrar las respuestas más apropiadas en estas situaciones, dar respuestas de clase, respuestas comunistas respecto a la lucha anticolonialista y anti-imperialista entre los trabajadores, entre la población proletaria y estudiantil y entre la juventud.

Por supuesto, la experiencia de las luchas no es la experiencia revolucionaria. No tenemos esa. Pero tenemos el programa revolucionario. Es él de Lenin y Trotsky.

Yo añadiría que, en nuestra área geográfica, la historia original de los negros y los indios en el Caribe es la misma. El capitalismo explota a millones de negros pobres en todo el arco caribeño, desde Margarita (una isla de Venezuela) hasta las Bahamas. Y allí pasamos por Haití, donde hay una organización hermana, la OTR (Organización de Trabajadores Revolucionarios), que milita en el mismo programa que el nuestro dentro de una clase obrera mucho más grande y diferenciada.

La explotación imperialista y la pobreza han convertido a estas islas en bombas sociales. Ahí radica una considerable fuerza potencial revolucionaria de los trabajadores y los pobres que un día explotará. El virus revolucionario es contagioso. El problema no es si ocurrirá, sino cuándo ocurrirá.

Pero los trabajadores deben establecer partidos comunistas revolucionarios, una condición indispensable para el éxito de las futuras revoluciones obreras.

En conclusión, camaradas, quisiera decir que hoy, en las Antillas, como aquí en Europa, como en los Estados Unidos y en otros lugares, todo parece ir en la dirección opuesta a lo que queremos.

Pero es precisamente por esta razón que nuestra existencia, incluso en países pequeños y cualquiera que sea nuestra fuerza numérica, es importante. Es uno de los eslabones de los futuros partidos revolucionarios y de la revolución obrera, sea cual sea el camino que tomen esta construcción y este nuevo período histórico.

INTERVENCIÓN DE JUDITH CARTER - THE SPARK

Estados Unidos, visto desde fuera, parece ser un enorme y amenazador obstáculo en el camino hacia la revolución social, ¿no es así? ¿Y desde adentro? Bueno, también tenemos esa impresión. Desde el exterior, vemos sobre todo la dominación económica del imperialismo americano y el poder militar de su estado. Desde el interior, es obvio el muy bajo nivel de conciencia de la clase obrera. A veces nos preguntamos si ella misma se considera una clase social.

En cualquier caso, los trabajadores estadounidenses todavía no están organizados políticamente como clase. No lo hicieron, nunca tuvieron su propio partido. Y, debido a una historia de esclavitud, la clase obrera ha heredado profundas divisiones. Los trabajadores blancos, incluyendo aquellos que han llegado recientemente, encuentran normal recibir prestaciones. Pequeñas y pequeñas ventajas, pero aun así beneficios. Así que, entre los trabajadores negros, todavía hay desconfianza y amargura hacia todos aquellos que consideran “*blancos*”, es decir, hacia el resto de la población.

Estos problemas fueron planteados por Trotsky en sus conversaciones con los trotskistas estadounidenses en el momento de la adopción del Programa de Transición por la IV Internacional. Trotsky defendió la idea de un partido obrero, y más tarde la idea de un partido negro independiente. Y pensó que los revolucionarios debían luchar para asegurar que las reivindicaciones del Programa de Transición fueran incluidas en los programas de estas organizaciones.

A partir de mediados de la década de 1960, las insurrecciones de la población negra sacudieron las ciudades estadounidenses. Como muchos otros jóvenes de la época, empecé a buscar respuestas a las preguntas candentes planteadas por los acontecimientos.

Un día, me encontré con un artículo titulado: “*La Rebelión Negra en los Estados Unidos: Una Esperanza para Toda la Humanidad.*” El artículo comenzó de la siguiente manera:

“Durante tres años, los Estados Unidos de América, potencia mundial y bastión del imperialismo, han visto cómo la guerra social asolaba su territorio de la forma más radical, la que parecía haber desaparecido de Europa hace mucho tiempo y nunca volvió a aparecer en un “país con un alto nivel de vida” la insurrección urbana, que ha levantado las calles y prendido fuego a las ciudades.”

Y el artículo terminó con estas palabras:

“La fortaleza americana del imperialismo mundial había aparecido durante cuarenta años como la única imposible de tomar desde dentro, al menos, aquella cuya caída parecía más improbable, cuando se la comparaba con todas las burguesías debilitadas y vacilantes de la vieja Europa. El eslabón más fuerte, que parecía no tener que ceder y ser, por el contrario, el puño que ayudaría al brazo en quiebra de sus amigos asiáticos o europeos, tenía una pajita en su acero. La paja hará que el eslabón ceda.”

Este artículo respondió “no” a todos los de izquierda que exigían que la población negra renunciara a la violencia con el pretexto de que sólo toda la clase obrera estadounidense podía tomar el poder. Afirmó que es la lucha de la parte más combativa de la clase obrera es la que puede llevar a todos los trabajadores a comprender que tienen intereses comunes y a alcanzar el mismo nivel de conciencia. No es a través de la propaganda, sino a través de la acción como el pueblo blanco y negro puede adquirir esta conciencia.

Al mismo tiempo, el artículo especificaba los límites de estas luchas. Los acontecimientos vividos por la población negra podrían haberse convertido en la primera etapa de una revolución si hubiera habido marxistas revolucionarios a la cabeza del movimiento y no sólo líderes formados en la práctica. El artículo sugería que las organizaciones trotskistas tenían un papel indispensable que desempeñar. Debido a sus vínculos con la historia del movimiento revolucionario, tuvieron que tratar de crear un partido revolucionario negro sobre esta base programática.

Este artículo me sonó como un trueno. Abrió perspectivas que

no fueron defendidas por nadie de la izquierda estadounidense. También debo admitir que me sorprendió mucho ver que se había escrito en otro país... Francia. Una pequeña lección de internacionalismo, por así decirlo.

El artículo que cité fue escrito en 1967 por Voix Ouvrière, pero se basó en el razonamiento de Trotsky en sus discusiones con el SWP -Partido Socialista Obrero- en la década de 1930.

En 1967, se perdió la oportunidad de crear un partido de los trabajadores. Y la situación ha cambiado mucho desde entonces. Pero el problema subyacente ha seguido siendo el mismo que en los años sesenta o treinta. Esto es lo que Trotsky escribió en 1933: *“Creo que, debido al atraso político y teórico sin precedentes de la clase obrera estadounidense y al progreso económico sin precedentes que ha logrado, su despertar puede lograrse muy rápidamente... Es posible que, en ese momento, sean los negros quienes constituyan la vanguardia de la clase obrera. Estoy absolutamente seguro de que, en cualquier caso, lucharán más que los trabajadores blancos.”*

La pregunta para cualquier organización estadounidense es cómo logrará forjar vínculos con la parte más oprimida de la clase obrera, porque el razonamiento de Trotsky en 1933 sigue siendo válido.

El otro problema que preocupaba a Trotsky era la ausencia de un partido obrero en Estados Unidos. En 1938, en una discusión con el SWP, declaró que la clase obrera daría un primer paso en su educación política cuando tuviera su propio partido de masas. También dijo en 1938 que esto ya había estado en la agenda durante cinco o diez años. Y, casi cien años después, este primer paso aún no se ha dado.

No pretendo que, con las fuerzas limitadas de Spark, tengamos los medios para hacer que las cosas sucedan, pero al menos podemos buscar una forma concreta y práctica de defender esta idea.

En 2016, lanzamos una campaña para dirigir un partido que dice ser un partido de la clase obrera en las elecciones estatales

de Michigan. Nuestro objetivo era dar a conocer nuestras ideas, en particular la necesidad de que la clase obrera tenga su propia organización política para influir en la lucha de clases.

El sistema electoral en los estados americanos es complejo y su objetivo es desalentar a los candidatos posibles. Para presentarse a las elecciones, un partido debe recoger miles de firmas de los ciudadanos que apoyan su enfoque. En el estado de Michigan, 31.000 firmas tuvieron que ser recogidas para poder postularse. ¡Bueno, lo logramos! Incluso superamos esa cifra porque pensamos que se necesitaría un superávit de 10.000 a 20.000 firmas para garantizar que pudiéramos hacerlo.

Al principio, no estábamos seguros de que encontraríamos decenas de miles de personas que estuvieran de acuerdo en que nuestra lista debería estar presente en las elecciones. E incluso si pudiéramos encontrar a estos miles de personas, ¿cuántos aceptarían firmar una petición que sería entregada a las autoridades estatales?

Bueno, Trotsky había respondido a esa pregunta de antemano. En una discusión con el SWP sobre la necesidad de crear un partido obrero, respondió a aquellos que afirmaban que los trabajadores estaban perdiendo interés en este tema: *“Sólo a través de la acción podemos conocer el estado de ánimo de los trabajadores. Y nuestras consignas deben responder a las preguntas del orden del día. En todos los casos, la situación objetiva sigue siendo el factor determinante.”*

De hecho, el nombre de nuestra lista -Partido de la Clase Obrera- se convirtió en nuestra consigna electoral, porque la situación objetiva requería que la clase obrera tuviera su propia organización política. Nuestra candidatura permitió que parte de la clase obrera expresara su voluntad de tener su propio partido, al menos en el estado de Michigan, donde hicimos campaña.

Los trabajadores respondieron a nuestra campaña más allá de lo que habíamos imaginado. Cuando salimos a la calle por primera vez para pedir a extraños que firmaran nuestra petición, hubo, por

supuesto, miradas sospechosas y comentarios hostiles. Pero mucha gente tomó la petición y dijo: “¿Dónde firmo?”

Una anécdota. Un día, uno de nuestros camaradas fue a una peluquería en la zona rural de Michigan para hacerse un corte de pelo. Después de un tiempo, le preguntó a la joven peluquera que la estaba cuidando si estaba de acuerdo en votar por un partido obrero. El peluquero retrocedió y le dijo: “¿Un partido obrero?”

¡Qué gran idea! ¿Por qué nadie pensó en eso antes?”

Por último, nuestros resultados en las elecciones de 2016 superaron nuestras expectativas. ¡Doscientas mil personas votaron por nosotros! Casi una cuarta parte de los votos procedían de regiones en las que ni siquiera habíamos hecho campaña. Esto significa que miles de trabajadores votaron por nosotros simplemente porque, por primera vez, podían votar trabajador.

En 1938, en los Estados Unidos, los sindicatos acababan de crear una confederación que organizaba a todos los trabajadores sin distinción, la CIO. Pero según Trotsky, los sindicatos seguían en un punto muerto y la única salida para la clase obrera era unirse y luchar políticamente para influir en la lucha de clases. El SWP no podía permitirse ser el partido en sí mismo que necesitaba la clase obrera. Trotsky luego discutió con los camaradas del SWP cómo intervenir en los sindicatos para avanzar hacia la creación de un partido obrero.

Nuestras campañas electorales no tienen esa ambición. Pero nos permiten expresarnos, a nuestro nivel, sobre esta cuestión. Nuestros resultados atestiguan la validez de las ideas de Trotsky sobre la clase obrera estadounidense, incluyendo la idea de que las cosas podrían cambiar más rápido de lo que uno puede imaginar, incluso en este país que parece ser un obstáculo para la revolución.

INTERVENCIÓN DE PIERRE ROYAN - L. O. -

II - LA CRISIS ACTUAL Y EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN

La agonía del sistema capitalista

Hay que ser ciego o iluso para no ver que la sociedad se hunde en una crisis. Las crisis se suman a las crisis: económicas, financieras, políticas, ecológicas y políticas. En realidad, sólo hay una crisis: la de una organización social en agonía que está arrastrando a toda la humanidad.

El desempleo está afectando a toda la sociedad. Las finanzas se están desarrollando como un cáncer que amenaza en todo momento la economía de un nuevo colapso financiero con consecuencias más devastadoras que el de 2008, que ya han sido catastróficas y han acelerado la evolución reaccionaria general.

Países que se presentaron como emergentes hace apenas unos años, como Turquía o Brasil, han caído en recesión. Otros, como Argentina, vuelven a ser estrangulados por los acreedores. Los comedores de beneficencia están desbordados y los precios de los productos de primera necesidad se disparan. En Siria, Irak, Yemen, Libia en particular, la crisis ha significado guerra, destrucción sin precedentes, cientos de miles de muertos y millones de desplazados. En Europa, Estados Unidos y Brasil, los partidos de extrema derecha se han acercado al poder o ya están en el poder. En los países pobres de Asia y África, la evolución reaccionaria se ha manifestado desde hace mucho tiempo a través del desarrollo de fuerzas religiosas fundamentalistas o étnicas. Han ganado una audiencia cada vez mayor. Y en ausencia de un movimiento obrero organizado, se han establecido como representantes de la lucha contra el imperialismo.

Y esta organización social al final del día está arrastrando a la humanidad hacia otro desastre, el ecológico. Marx ya había escrito que el capitalismo sólo se había desarrollado *“agotando al mismo*

tiempo las dos fuentes de las que mana toda la riqueza: la tierra y el trabajador". Pero hoy en día, el daño causado al medio ambiente por la economía capitalista es de una magnitud completamente diferente. Los expertos en clima advierten constantemente de las consecuencias irreversibles y catastróficas del aumento de la temperatura mundial. Pero detrás de los efectos del anuncio de los gobiernos, no se está haciendo nada. Sobre esta cuestión, como sobre todas las que conciernen al futuro de la sociedad, el comportamiento irresponsable de la burguesía se puede resumir de la siguiente manera: *"después de mí, el diluvio"*. La urgencia de la situación requeriría una respuesta coordinada a nivel de toda la comunidad humana. Pero una organización social donde prevalece la propiedad privada de los medios de producción y la competencia capitalista, y que está dominada por la rivalidad entre los estados imperialistas, es absolutamente incapaz de llevar a cabo tal proyecto.

Así que se necesita todo el compromiso de los intelectuales de la burguesía para atreverse a afirmar que el capitalismo representa un futuro para la humanidad, a menos que llamemos al futuro caos y barbarie.

Esta organización social es responsable de dos guerras mundiales, las dos mayores carnicerías de la historia. Y eso es suficiente para condenarlo. Sus defensores elogian la libertad empresarial y la libre competencia. Pero el propio capitalismo hace tiempo que ha sofocado estas libertades. Lenin ya estaba escribiendo, hablando del imperialismo como el estado supremo del capitalismo:

"Ya no es la vieja libre competencia de empresarios dispersos, que se ignoraban entre sí y producían para un mercado desconocido. (...). El capitalismo en su etapa imperialista conduce a las puertas de la socialización integral de la producción (...). La producción se convierte en algo social, pero la propiedad sigue siendo privada.

Los medios de producción social siguen siendo propiedad privada de un pequeño número de individuos (...) y el yugo ejercido por un puñado de monopolistas sobre el resto de la población se

hace cien veces más pesado, más tangible, más intolerable.”

Eso fue hace cien años. Hoy en día estos aspectos se han multiplicado. Los monopolios son aún más poderosos, su parasitismo aún más insoportable y, al mismo tiempo, la economía está más que nunca *“a las puertas de la socialización integral”* como dijo Lenin. Pero para cruzar estas puertas, es decir, para hacer de la economía un bien común controlado colectivamente, debemos poner fin a la propiedad privada de los medios de producción. Y para ello, es necesaria la acción consciente de una clase que sólo tiene que perder sus cadenas: en una palabra, el proletariado, que sigue siendo la única clase social revolucionaria.

El capitalismo sobrevivió a un siglo de decadencia porque la burguesía logró aplastar las revoluciones proletarias cuando surgieron al final de la Primera Guerra Mundial y luego porque logró someter al movimiento obrero con la ayuda del estalinismo al final de la Segunda Guerra Mundial.

El recuerdo de los años revolucionarios 1917-1919 todavía estaba vivo en la memoria de la burguesía en la época de la Segunda Guerra Mundial. Temía las reacciones del proletariado. Luego, en 1943, Roosevelt y Churchill, los líderes de los imperialistas que iban a salir victoriosos del conflicto, fueron a ver a Stalin a su casa en Yalta, en la Unión Soviética, para establecer una santa alianza contrarrevolucionaria. Stalin anunció la disolución de la Internacional Comunista, rebautizó al Ejército Rojo, que se había conver-



Roosevelt, Churchill y Stalin.
Conferencia de Yalta el 4 de febrero de 1945.

tido en el Ejército Soviético, y lo convirtió en un ejército para la represión de la población de los países que ocupaba. Los Aliados, por otro lado, organizaron oleadas de bombardeos mortales para aterrorizar a la población civil. En Dresde, Tokio, luego Hiroshima y Nagasaki, con las primeras bombas atómi-

cas, masacraron a cientos de miles de civiles. Bajo la represión combinada de la burguesía y la burocracia, al final de la guerra, el movimiento obrero europeo fue destruido o aplastado.

La burguesía había evitado una ola revolucionaria en Europa.

Pero no pudo escapar en Asia. En Indonesia, India, China, Corea, Indochina se rebelaron millones de oprimidos. Aquí también el estalinismo desempeñó su papel contrarrevolucionario. Los partidos estalinistas abogaban por la sumisión de los trabajadores a la burguesía nacional. Y en nombre de la lucha por la independencia, silenciaron cualquier programa revolucionario proletario. En Vietnam, como Mao en China, Ho-Chi-Minh asesinó a militantes trotskistas porque representaban para él el peligro de una política proletaria independiente. Esta ola de revoluciones obligó a las potencias coloniales a ceder ante la independencia de los países que controlaban, pero el imperialismo se mantuvo.

Y después de todos estos acontecimientos, lo que quedaba del movimiento obrero ya no amenazaba al capitalismo. Hasta cierto punto, éste tenía cuerda para rato.

Así que, después de años de destrucción, el capitalismo pareció recuperar su dinamismo. En realidad, fueron los Estados los que se hicieron cargo de la reconstrucción de la economía en beneficio de la burguesía. Este comienzo, que se agotó a principios de la década de 1970, no representó un nuevo ascenso del capitalismo. Se basó en la devastación de la Segunda Guerra Mundial, y tuvo la consecuencia de llevar las contradicciones del capitalismo a un grado aún mayor. Los trusts, gracias al apoyo de los gobiernos, ya habían adquirido capacidades de producción continental o mundial. Y fue a escala mundial que las fuerzas productivas entraron en conflicto con el tamaño limitado de los mercados. A principios de los años setenta, la economía mundial se sumergió de nuevo en una crisis.

Los capitalistas ya no esperaban una expansión de los mercados. Así, para encontrar salidas a su capital, los Estados les abrieron las puertas de las empresas públicas, para que pudieran in-

terferir dondequiera que se obtuvieran beneficios con mercados garantizados: en el transporte, el correo, los hospitales, la gestión del agua, la gestión de los residuos...

Y hay un área en la que el capital fluyó sin límites, y es el de las finanzas. Este ha tomado una escala nunca antes vista. A través de los bancos y de muchas otras instituciones, la esfera financiera actúa como un gigantesco usurero por encima de la sociedad, colocando el capital dondequiera que pueda ganar, endeudando a los hogares, las empresas y los gobiernos. Este parasitismo ahoga toda la economía capitalista, pero garantiza a la burguesía la continuación de su enriquecimiento.

La moda de las inversiones financieras ha llevado a una explosión de la especulación: sobre los bienes inmuebles, las acciones de los mercados bursátiles, las divisas, las materias primas, las deudas de las empresas y de los gobiernos, y muchas otras cosas. Y para acompañar el desarrollo de esta especulación, uno tras otro, los Estados han volado por los aires todas las reglas que moderaban a esta economía de casino.

Marx ya había escrito que un capitalista *“nunca es tan infeliz como cuando no sabe qué hacer con su dinero”*. Y añadió: *“Este es el secreto de toda gran especulación, de todas las empresas rentables, pero también de todas las quiebras, de todas las crisis crediticias, de todas las tragedias comerciales.”* En la era de la financiarización, esta necesidad inherente de que el capital encuentre un lugar para invertir con el fin de ganar lo más posible y crecer lo más rápido posible ha llevado a un aumento vertiginoso en la cantidad de capital en circulación.

Pero esta masa de dinero en constante aumento no contribuye al desarrollo de la producción, sino que la parasita. El problema es todavía y siempre la propiedad privada de los medios de producción, de estos capitales, lo que impide el uso racional y en el interés general de toda esta riqueza acumulada.

Por supuesto, ha habido descubrimientos e innovaciones. Y también inversiones productivas. Han surgido nuevos mercados,

por ejemplo, el de los esmartophones. Pero cuando el nivel de vida de la clase obrera sigue bajando, comprar un ordenador portátil significa ahorrar para un trabajador en otra cosa: comida, vivienda, transporte, cuidados. El nuevo mercado de teléfonos móviles no ha ampliado el mercado mundial, sino que sólo ha aumentado la competencia entre los diferentes sectores de la economía. Ningún mercado nuevo ha dado nueva vida al capitalismo. Ni siquiera la apertura de los países de Europa del Este y de China al mercado ha sacado a la economía mundial del marasmo. Porque estos mercados representaban en última instancia poco en comparación con las enormes capacidades de producción de los trusts, que podían absorber el aumento de la demanda sin tener que reinvertir realmente. Por otro lado, las fuerzas productivas que se desarrollaron en estos países se sumaron a las fuerzas productivas existentes y agravaron la competencia económica y la crisis.

A partir de ahora, la economía mundial está impulsada sobre todo por los altibajos de las finanzas. Con cada una de sus crisis, decenas de millones de trabajadores o campesinos pobres en todo el mundo caen en la pobreza. Los Estados están en bancarrota o, como en África, incluso se están desintegrando, dejando espacio para que las milicias armadas gobiernen. Cada vez que los Estados imperialistas intervenían para salvar el sistema financiero del colapso abriendo las compuertas del crédito público... Pero esto no hizo sino alimentar la siguiente fase de especulación y preparó para un nuevo colapso con consecuencias más devastadoras.

Tanto desde el punto de vista económico como político, el orden social capitalista sólo puede aumentar el caos. Como escribió Trotsky en 1938: “la propia burguesía no ve salida”. Toda la vida social se está desintegrando y las fuerzas reaccionarias amenazan a la clase obrera y a la sociedad civil.

La actualidad del Programa de Transición

Un programa no es un dogma, es una guía para la acción. Y el Programa de Transición, aunque fue escrito hace 80 años, sigue siendo la guía más segura. Y aunque, desde entonces, la sociedad ha sufrido cambios y transformaciones, el mundo actual se parece en muchos aspectos al de 1938. Y, sobre todo, este programa se basa en un análisis marxista y científico del capitalismo en crisis por parte del único líder revolucionario que pudo sacar conclusiones generales para guiar a la clase obrera en su lucha hacia la revolución social.

La conciencia de clase de los oprimidos está lejos de estar al nivel de las necesidades del momento. Pero el papel de los revolucionarios es decir lo que es, decir la verdad a los trabajadores encontrando maneras de vincular el estado de ánimo actual de la clase obrera con las necesidades de la situación.

El Programa de Transición fue escrito desde esta perspectiva, para *“superar la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas de la revolución y la inmadurez del proletariado y su vanguardia (desorden y desánimo de la vieja generación, falta de experiencia de los jóvenes). Hay que ayudar a las masas a encontrar, en el curso de sus luchas cotidianas, qué es lo que tenderá un puente entre sus demandas actuales y la agenda de la revolución socialista. Este puente debe consistir en un sistema de reivindicaciones transitorias, que parten de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera e invariablemente llevan a una única conclusión: la conquista del poder por el proletariado.”*

Este programa no es una lista de reclamaciones que se puedan obtener parcialmente. Ninguno de ellos es realista en el marco del capitalismo, ninguno es aceptable para la burguesía sin la presión revolucionaria de las masas. Y si Trotsky los diferenció en el Programa de Transición, para hacerlos lo más concretos posible, están profundamente vinculados entre sí. La escala móvil de salarios y horas de trabajo, el control obrero sobre la producción, los comités

de fábrica, las milicias obreras, la expropiación de los bancos y las grandes industrias... todas estas demandas son inseparables.

La escala móvil de salarios y horas de trabajo -es decir, los salarios de los trabajadores siguen a los aumentos de precios y el número de horas de trabajo se distribuye entre todos sin ninguna reducción salarial- significa imponer a la clase capitalista que los peligros de su producción y del mercado sean soportados por ella y no por los trabajadores; que, para la supervivencia de la clase obrera, la burguesía soporta las contradicciones de su propio sistema tomando de sus ganancias! Pero, ¿cómo podemos imaginar que el proletariado pueda imponer esto a la burguesía sin el control permanente de los explotados tanto en la producción como en la distribución para controlar los precios en las tiendas? ¿Cómo podemos imaginar esto sin encontrar una forma de implicar a los desempleados a través de los comités locales? ¿Y cómo podemos imaginar este control sin una organización democrática de todos los trabajadores y, sobre todo, en las empresas? En este período de lucha de clases, el control de millones de trabajadores sobre la economía no dejará a los empleadores con las armas colgando. Intentará movilizar a las milicias y enviarlas contra estos comités de trabajadores o contra los piquetes, a los que el proletariado tendrá que responder organizando sus propias milicias obreras.

La escala móvil de salarios y horas de trabajo será la organización del trabajo en la sociedad socialista. Nada menos que eso. Pero vacía de su significado revolucionario y aislada del resto de las demandas de la transición, la escala salarial móvil, por ejemplo, puede ser reclamada con razón por muchos gobiernos europeos que habían promulgado una revalorización automática del salario mínimo basada en un índice de precios estatal.

A los ojos de la población, los bancos son responsables del caos económico. Destacar la necesidad de su expropiación sin excepción, y su fusión en un único sistema bancario público para financiar la economía en interés de la población, es, para la gran mayoría de los trabajadores y muchos sectores de la población, una medida llena de justicia y sentido común. Pero sólo se puede pre-

ver si se acompaña de un control, desde abajo, de la población y de los trabajadores de la banca, y como un paso hacia la expropiación de toda la burguesía.

De hecho, ninguna de las reivindicaciones transitorias puede concebirse sin la acción consciente y directa de las masas, es decir, sin el control obrero. En 1917, justo antes de la Revolución de Octubre, Lenin opuso el control “*burocrático y reaccionario*” del estado al control “*democrático y revolucionario*” de las masas, y añadió: “*Básicamente, toda la cuestión del control se reduce a quién es el controlador y quién es el controlado, es decir, qué clase ejerce el control y qué clase lo sufre.*»

Estas reivindicaciones sólo pueden apoderarse de las masas en tiempos de explosión social. Pero cuando millones de trabajadores se embarcan en este camino, la conciencia evoluciona muy rápidamente. Una organización revolucionaria sólo se puede hacer oír con este programa si es llevado por militantes obreros revolucionarios que, ya se han apropiado de él y que pueden transmitir su contenido, sus reivindicaciones transitorias, de manera concreta, confiando en la capacidad del proletariado para llevarlas a cabo. Entonces este programa puede convertirse en el de la clase obrera y ella se reagrupará en el partido que representa sus intereses.

Al hablar del aumento del peligro fascista en Estados Unidos en 1938, Trotsky explicó a sus camaradas estadounidenses:

“El deber de nuestro partido es agarrar por los hombros a todos los trabajadores estadounidenses y sacudirlos diez veces para que comprendan la situación en la que se encuentra Estados Unidos. No se trata de una crisis económica, sino de una crisis social. Nuestro partido puede jugar un papel importante. Lo que es difícil para un partido joven que evoluciona en un ambiente cargado de tradiciones de hipocresía, es lanzar una consigna revolucionaria. “Es de fantasía”, “No es apropiado en América”. Pero esto puede cambiar cuando usted lanza las revolucionarias palabras clave de nuestro programa. Algunos de ellos se reirán. Pero el coraje revolucionario no consiste sólo en ser asesinado, sino en soportar la risa de los estúpidos que están en mayoría.

Sin embargo, cuando uno de los que ríen es golpeado por la banda de La Haya [las milicias estadounidenses de extrema derecha de la época], pensará que es bueno tener un comité de defensa y que su actitud irónica cambiará.”

Hoy en día, la reivindicación de la creación de milicias de trabajadores parece imposible. Pero los éxitos electorales de la extrema derecha y, sobre todo, el empeoramiento de la crisis económica, al dismantelar sectores enteros de la pequeña burguesía, podrían crear las condiciones sociales y políticas para el surgimiento de milicias fascistas como las que experimentó Europa en la década de 1930. Lo que ocurrió en Alemania en la ciudad de Chemnitz hace dos meses es una advertencia. Después de un homicidio, de hecho, un crimen, la extrema derecha del país se encontró manifestándose ante varios miles de personas en esta ciudad. Y pequeños grupos organizaron una cacería de inmigrantes. Esto demuestra que podemos pasar de los éxitos electorales de la extrema derecha a la violencia por parte de grupos organizados de la noche a la mañana. Y los asesinatos en Brasil de militantes de izquierda por militantes de extrema derecha ilustran lo mismo.

Cuando la sociedad capitalista se hunde en la crisis, cuando arruina los estratos sociales que hasta entonces vivían en relativa comodidad y constituían la base de la estabilidad política del parlamentarismo, entonces la burguesía necesita nuevas soluciones para gobernar. Y lo encuentra en los políticos que explotan la ira social desviándola a chivos expiatorios. A medida que la lucha de clases se intensifica, y la crisis continúa empeorando, por un lado, la burguesía querrá someter a la clase obrera incluso antes de que se movilice, por otro lado, habrá gente rebajada y rabiosa dispuesta a alistarse para golpear a las organizaciones de trabajadores.

La clase obrera se enfrentará entonces al problema de defenderse a sí misma, a sus sindicatos y a sus organizaciones políticas, que serán el objetivo de estas milicias. No es en el campo del legalismo donde los trabajadores pueden hacer esto. Exigir la prohibición o el desarme de las milicias de extrema derecha es confiar en el Estado que las apoyará mañana, si la burguesía así lo solicita. Al

ascenso del fascismo, la clase obrera debe responder sobre la base de la lucha de clases. Debe organizar sus propios grupos de auto-defensa para proteger sus huelgas, manifestaciones, reuniones de organizaciones de trabajadores o locales sindicales.

En el Programa de Transición, escribió Trotsky:

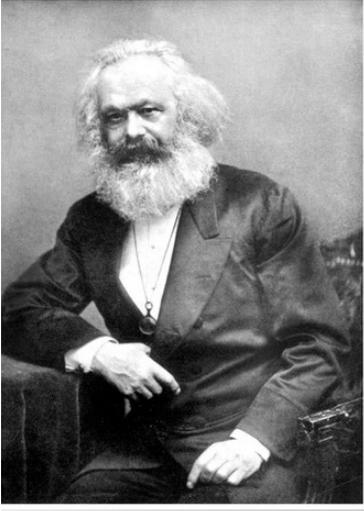
“La lucha contra el fascismo comienza, no en la escritura de una hoja liberal, sino en la fábrica y termina en la calle. Los amarillos y los policías privados de las fábricas son el núcleo del ejército fascista. Los piquetes obreros son el núcleo del ejército del proletariado. Ahí es donde tenemos que empezar. Con motivo de cada huelga, de cada manifestación callejera, se debe promover la idea de la necesidad de crear destacamentos de autodefensas.”

Cada paso en la organización de la autodefensa obrera será una amenaza para la burguesía y la empujará a volverse aún más hacia el fascismo. Pero la terrible lección de la victoria de Hitler fue que no hay peor política para el proletariado que esquivar la lucha. La lucha contra el fascismo es una lucha a muerte. Las ilusiones reformistas y legalistas, que sugieren que el barniz democrático burgués podría ser un baluarte contra el fascismo, sólo pueden desarmar a los trabajadores. La clase obrera sólo puede luchar contra el fascismo si se da cuenta de que esta lucha es contra la burguesía y su estado, y que conduce a la revolución proletaria.

Y esto es lo que Trotsky escribió hacia el final del Programa de Transición:

“Mirar la realidad a la cara; no buscar la línea de menor resistencia; llamar las cosas por su nombre; decir la verdad a las masas, por muy amarga que sea; no temer los obstáculos; ser aquellos en los que se puede confiar en las cosas pequeñas, como en las grandes; atreverse cuando llega el momento de la acción; estas son las reglas de la IV Internacional.»

CONCLUSIÓN



Carlos Marx en 1875

El movimiento obrero, a afirmado desde Marx, que los proletarios no tenían patria. Y desde Marx, el movimiento obrero ha creado, siempre que ha podido, organizaciones internacionales. La IV Internacional no podría sobrevivir sin Trotsky. Pero incluso sin tal organización por el momento, es una necesidad para los revolucionarios razonar a esta escala internacional.

Cannon, cuando era líder del PC estadounidense, siempre trató de *“resolver las cosas a escala estadounidense”*, dijo, y agregó: *“Una de las lecciones más importantes que hemos aprendido de la IV Internacional es que en los tiempos modernos, no se puede construir un partido político revolucionario únicamente sobre una base nacional. Hay que empezar con un programa internacional y, sobre esta base, se construyen secciones nacionales de un movimiento internacional.”*

También por esta razón el Programa de Transición es tan importante. Esa es la escala en la que Trotsky estaba pensando. Y nuestra lucha diaria, nuestros esfuerzos diarios, en las empresas, en los barrios populares, para construir una organización de trabajadores y un futuro partido, son inseparables de la construcción de una futura Internacional. Es un partido del proletariado internacional que hay que construir, un partido que representa los intereses de los explotados a escala mundial e interviene en la vida política desde este punto de vista.

En la época de la Primera Internacional, la de Marx, el movimiento obrero no había construido partidos poderosos en ningún país. Pero la Internacional ya era la expresión política del proletariado en desarrollo y en varios países, militantes y trabajadores se sentían representados por ella. Sus posiciones los guiaron. Sólo

una organización que vea la revolución social como una perspectiva y lleve la agenda revolucionaria de la clase obrera puede desempeñar este papel.

Aunque el marco de los estados-nación de la burguesía es una realidad, que es el marco en el que se desarrolla la vida política, es en el plano internacional donde se libra la lucha de los trabajadores. Lo que les sucede a los trabajadores de un país predice lo que les sucederá a otros en el futuro. La extrema derecha en el poder en Polonia, Hungría e Italia puede estar mañana aquí. Y si en un país el proletariado recupera la confianza en su fuerza colectiva, esto tendrá consecuencias para la clase obrera a escala internacional. El orden social contra el que lucha el proletariado es el orden mundial imperialista. La revolución rusa amenazó todo el sistema capitalista precisamente porque era proletario y su propia existencia desafiaba la dominación capitalista y millones de oprimidos en todo el mundo se reconocían en ella. Es este impulso fundamental y clasista el que la teoría de Stalin del *“socialismo en un solo país”* se burló, para justificar la renuncia a cualquier perspectiva internacionalista y la defensa, no del socialismo, sino de los privilegios de la burocracia en un solo país.

¿Cómo y cuándo se creará una Internacional que reanude el programa de la IV Internacional de Trotsky? Los acontecimientos de la lucha de clases que precipitarán su constitución serán sin duda internacionales. Los partidos obreros comunistas revolucionarios internacionales que tienen un peso político real en varios países, todo esto seguramente vendrá en el mismo movimiento.

Discutiendo el problema de la ausencia de un partido revolucionario en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Trotsky planteó la siguiente pregunta: *“¿Tendremos éxito en preparar a tiempo un partido capaz de dirigir la revolución proletaria?”* Y continuó: *“Para responder correctamente a esta pregunta, debe hacerse correctamente. Naturalmente, tal y tal levantamiento puede e incluso debe terminar en derrota debido a la falta de madurez de la dirección revolucionaria. Pero esto no es un levantamiento aislado. Esta es toda una era revolucionaria.*

El mundo capitalista no tiene salida, a menos que considere la agonía prolongada como tal. Debemos prepararnos para muchas, si no décadas, de guerras, levantamientos, breves interludios de tregua, nuevas guerras y levantamientos. Este es el fundamento sobre el que se debe fundar un partido revolucionario joven. La historia le dará suficientes oportunidades y posibilidades para probarse a sí mismo, para acumular experiencia y madurar.

(...) Pero el gran problema histórico nunca se resolverá hasta que un partido revolucionario tome la dirección del proletariado. La cuestión de los ritmos y los intervalos es de enorme importancia, pero no altera ni la perspectiva histórica general ni la dirección de nuestra política. La conclusión es simple: es necesario hacer el trabajo de educar y organizar la vanguardia proletaria con diez veces más energía.”

Precio : 2,00 €